CUBA Y LA FURIA ESPAÑOLA

DISCURSO

Pronunciado en *Chickering Hall* la noche del 27 de Noviembre de 1895,
en la conmemoración del vigésimo cuarto aniversario
del fusilamiento de los Estudiantes de Medicina de la Habana

POR

MANUEL SANGUILY

Señoras y Señores:

Si no fuera porque considero deber mío, y yá un compromiso ineludible, la deferencia á los deseos del representante del gobierno revolucionario, así como de otros amigos bondadosos, de que participe activamente en esta solemne conmemoración, casi doy por seguro que, de seguir mis impulsos, renunciaría gustoso al uso de la palabra;— porque estamos en guerra con la nación española, en nombre y como duro pero necesario fundamento de la nacionalidad cubana, y no sé yó si arrastrado por el corazón ó extraviado por la fantasía habría de contribuir con mi acierto ó con mis errores á suavizar las condiciones de la lucha ó— por enconar los ánimos, estando yo á tanta distancia— á que sean aquellas, como no lo quisiera y lo lamentaría, más ásperas áun, á que sea más intensa la mútua enemistad, á que convertidos, por su inhumana inspiración, ambos combatientes en dos fuerzas encontradas y ciegas, no haya más esperanza y definitiva solución que la ruina y vencimiento del uno, por la irresistible superioridad, ó por la buena fortuna é insuperable tesón del otro.

Empero, acaso de ilusión ilegítima, de los votos de anhelos candorosos depende y se deriva sólo esa noble aunque probablemente vana contemplación de la posibilidad más ó menos inmediata de una lucha, breve ó dilatada, pero humana y caballeresca entre cubanos y españoles. Los sentimientos que muestran inspirarse mútuamente los pueblos, en sus conflictos exteriores ó domésticos, revelan la índole de las anteriores relaciones de los partidos, ó de los beligerantes, entre sí, y la esencia misma del carácter de cada uno de ellos,— y estos caracte-

res, del propio modo que aquellos antecedentes, son un resultado indefectible, un producto necesario de multitud de circunstancias, — principalmente del medio, del momento y de la raza, á tal punto que casi pudiera decir, como resúmen, que provienen de las sucesivas combinaciones del ambiente y de la herencia.

Podrá exaltada la imaginación inducirnos en error; podrá la ilusión engañarnos; podrá ofuscarnos el deseo; — pero los hechos repetidos, los hechos constantes, se imponen como intuición inalterable y sugieren la misma forzosa inferencia, cualquiera que sea la interpretación que se les dé, — y los hechos de nuestra historia, sucesivos, constantes, manifiestos, nos han patentizado que los españoles, de suyo pasionales, por regla general ódian implacablemente á los cubanos. Bien sé que el carácter español, ántes que uniforme y simple, es — como tiene que ser — muy complicado; pero así como en un organismo hay siempre alguna víscera predominante, porque regula el orden ú ocasiona el desórden, produciendo la armonía ó la perturbación, la salud ó la enfermedad, — así en los individuos una cualidad principal subordina siempre á las demás, originando cierto modo particular de ajuste y funcionamiento que constituye el carácter personal, — y en los pueblos pueden observarse también el ascendiente y predominio de condiciones que, por innúmeras concausas, se derivan de lo pasado, influyen en lo presente, implicando y amoldando — por lo mismo — el porvenir, y á las cuales llamamos carácter ó génio nacional.

Y si me preguntáseis cuál es la cualidad dominante del carácter español, acaso sin vacilar me atrevería á contestaros que la codicia, — y si tuviese que aventurar, así mismo, alguna causa general de ella, puede que no tardára en atribuirla á la miseria en que ha estado sumido su país desde hace siglos, la que á su vez ha dependido y depende de la acción de la topografía combinada con trascendentales acontecimientos de la vida nacional; — aunque me apresuro á preveniros que no es hora de exponer, ni me propongo tampoco acreditar, conjeturas fundadas pero que pueden atenuarse, que cabe modificar y que cualquiera — si le place — está por lo demás en su derecho de negar en absoluto. Basta á los propósitos que me guían ahora, únicamente que consideréis con atención el curioso dualismo que han ofrecido y continúan ofreciendo en ámbos mundos los españoles, — quienes se enfurecen contra las sublevaciones de sus maltratados colonos americanos,

pelean contra ellos con ira ciega y desbordada, proclaman como dógma indiscutible, que revisten de la santidad inviolable de un sentimiento religioso, la conservación del territorio nacional, — evidencian en fin de este modo que habiendo hecho imprescindibles en sus posesiones la rebeldía y la protesta armada contra sus injusticias nunca reparadas y sus errores incorregibles, más que ganarse las almas por el afecto merecido, les importa en primer término, y sobre todas las cosas, defender y guardar lo que llaman la unidad y la integridad de la patria, que consideran, por añadidura, como la honra única y suprema; pero permanecen tranquilos, mientras tanto, y aún parecen vivir satisfechos, apesar de estar viendo, desde hace muy cerca de dos centurias, ondear orgullosa en un extremo de su solar europeo, arrebatado por la conquista y sujeto por la fuerza desde una época de decadencia y desmembración, la bandera de la poderosa Inglaterra, que ni intentan, ni han intentado jamás desde 1727 arrancar indignados de su ástil, cuando es un delirio insano, en tanto que no lo logren, la nécia y ridícula pretensión de ser, no sólo estimado y respetado de las demás naciones, sino de influir, de concierto con las grandes potencias, en la política universal y dirección soberana de la historia, país tan abatido y ruinoso que se resigna á vivir humillado por el desesperante desprecio del conquistador extranjero. Sin que me permita ni intentar una explicación de esa actitud doble y contradictoria, puedo desde luego creer que en tan diversos procedimientos se revela el carácter de la nación española, y si el juicio que consienten no fuese favorable á sus presunciones de grandeza y á sus alardes de hidalguía, no se culpe á quien quiera ser imparcial y justiciero, y mucho menos á los cubanos, aún en el caso que se les tuviese por poco equitativos, — ya que hartos motivos influyen en su ánimo para que sean hasta apasionados y exigentes con esa nación que los ha esquilmado y los martiriza, con la nación abusiva é irreformable que desoyó siempre sus quejas, que ahogó siempre sus lamentos, que los ha guiado, desde hace cerca de un siglo, como á inmensa manada de pecheros, con la espada enmohecida y fatídica de sus capitanes-generales, para forzarlos á trabajar sin fruto, para explotarlos sin miramiento, y para matarlos, á su hora, sin misericordia!

Han querido que fuésemos españoles; pero han entendido que ser españoles nosotros los cubanos, significa que — apesar y en contra de la

acción absorbente, desorganizadora y funesta del gobierno nacional; que—apesar y en contra de la vasta é incurable rapiña de los peninsulares y su administración; que—apesar y en contra de leyes asfixiantes, del monopolio comercial, del saqueo permanente, del estanco, del favoritismo deletéreo, del ruinoso presupuesto, de la aduana fraudulenta que encarece la subsistencia y castiga nuestra producción; que—apesar y en contra de la consiguiente absoluta ausencia del fomento público, del universal espíritu de lucro egoísta é insaciable, de esa condición de semi-barbárie á que hemos estado reducidos sin esperanza cierta de remedio,—hagan los pobladores de una isla casi desierta, en que tres cuartas partes del feraz terreno ha estado siempre sin roturar siquiera, el milagro de producir un venero inagotable de riquezas que mantengan la ociosidad tradicional, la improductiva incapacidad de la Metrópoli, y el fasto, y la molicie, y la holganza dilapidadora de una burocrácia ignorantísima é impúdica;—miéntras el pueblo español, miserable y alegre, envuelto en su capa raida, sigue cantando coplas al són de la guitarra y taconeando el jaleo jerezano entre tragos de manzanilla, sin sospechar todavía que yá se apagó para siempre el sol de glória que fulguraba en la diadema imperial de Cárlos Quinto!

Han querido también—por su obcecación ó su estulticia—que, desde el fondo de nuestra cisterna, tuviéramos á honra y nos sintiéramos orgullosos de ser perpétuamente menores;—que consideráramos nuestra felicidad vivir en estado de sitio, manifiesto ó disimulado;—que aceptáramos agradecidos la inmoralidad y escandaloso latrocinio de una centralización que es la camisa de fuerza en que agoniza la colonia y ha sido la túnica abrasadora de Dejanira para nuestra alma altiva;—que, por obra de resignación incansable, pagáramos con sudor copioso sus despilfarros y todas las empresas parricidas inspiradas en pérfida hostilidad hácia la América, desde la demostración amenazadora contra Méjico, hasta la campaña de Santo Domingo;—que creyéramos un deber nuestro sobrellevar el peso abrumador de enorme deuda originada por las desventuras de su historia, la rapacidad de sus palsanos y el régimen tiránico que tuvo por consecuencias la pasada guerra de diez años y su reciente renovación;—que resistiéramos contentos sobre nuestras espaldas cansadas, la orgía de bandidos en que sincesarse reemplazan todos los monesterosos de un país poco favorecido por la naturaleza, arruinado por la indolencia, enflaquecido por el hambre, devo-

rado por el fisco, impelido hácia las Antillas por la codicia exasperada, —aunque encubriendo sus miras de aventureros impulsivos y necesitados, con esa bandera que pudo tender sobre apartados continentes sombra protectora: más parece haberse convertido en rústico toldo de gitanos!

Han llegado todavía, en su insánia ó su ceguera, á exigir que nos sintiésemos hijos predilectos y bienamados de España;—que sintiésemos de véras que España era para nosotros madre tierna, solícita y providente;— sin duda porque nos obliga á pagar una costosa escuadra y un ejército de ocupación que permite á una casta de forasteros incultos mantenernos con menosprecio, en nuestra propia tierra, agenos á nuestros intereses más vitales, á fin de alimentar á la mitad de la nación á expensas de nuestra civilización y de nuestra ventura, á extremo que se confundiría á la encantada Antilla con una decaída factoría de Levante, y á sus hijos desposeídos, con aquellas gentes que sometidas por las armas en la antigüedad guerrera sólo por la magnanimidad del vencedor pudieron seguir morando en la tierra de sus penates,— aunque privadas de sus bienes y derechos.

Y no han querido nunca tener en cuenta los españoles que la fuerza y la perfidia son impotentes para penetrar en el sagrario de las almas donde brota y se expande como aroma de vida el amor, ó se forja el rayo como mensajero de muerte;— por lo que si han pretendido condenarnos á que nos llamásemos españoles, — no somos, sin embargo, españoles como ellos, — que—obrando en nosotros con más eficacia y poderío que sus legiones—la tierra y la historia, el ambiente, las leyes á que obedece el humano sentimiento, la influencia del hemisferio en que estamos enclavados, la influencia perniciosa del peninsular y sus gobiernos, han creado dentro de la estirpe española una nueva estirpe,— dentro del estado español un nuevo estado,—dentro de la nacionalidad española una nueva nacionalidad,—la estirpe de los cubanos, el estado cubano, la nacionalidad cubana, cuyo origen positivo no podría yo señalaros con fijeza en un momento preciso del pasado; pero que provienen del pasado, de muy lejos,—desde que el nuevo clima americano, y los nuevos alimentos, y las necesidades nuevas modificaron á los primeros conquistadores y colonos extremeños y castellanos;— desde que se mezclaron de alguna manera con los indígenas,— sobre todo desde que sus hijos y descendientes sintieron afecto exclusivo

á la tierra de su nacimiento y morada, y el curso y diversidad de sucesos fueron determinando otras condiciones de vida social, en que se abrían horizontes, más dilatados cada vez, que no habrían de reflejar, en espejismo retrospectivo, la aldea desconocida del progenitor lejano, y en que brotaban aspiraciones más profundas y diversas, que no podían ser la mera reproducción de las ideas, los sentimientos y los ensueños de los antiguos invasores y emigrantes.

Después, nuestra historia colonial, que ha sido un calvario de agonía, consiste en una lucha incesante por nuestro desenvolvimiento nacional,—la epopeya de una nueva patria americana, la gestación y crecimiento de un pueblo nutrido en su ideal de regeneración y gloria, y sostenido por su espíritu heróico contra las tendencias desalentadoras del pasado y la muchedumbre de extraños sin ideal ninguno,—una serie casi ininterrumpida de esfuerzos y desventuras, de empeños temerarios y desastres,—tentativas sin éxito, aspiraciones iluminadas por la esperanza ó ensombrecidas por el decaimiento, en un persistente anhelo de rectificación social y saneamiento moral que, á la postre, produjeron el gran conflicto definitivo, la guerra inevitable y colosal por la vida y por la independencia.

Por esas peripecias y sucesos ha sido amasada y conformada nuestra alma cubana,—y á la evocación de cualquiera de ellos responde en el fondo del corazón la voz augusta de las generaciones extinguidas,—ya con el alegre concierto de las ánsias é ilusiones siempre vivaces, ó el ténue gemido de vaga y poética melancolía,—ya con las roncas maldiciones del dolor desesperado,—á la manera de esas misteriosas campanas de la vieja ciudad sumergida que el piadoso pescador de la costa bretona, á la caída de la tarde triste, cree oir, entre el fragor de las olas agitadas, tañendo en el fondo del mar como un doble pausado de muerte, ó echadas á vuelo en repique estrepitoso, como un inmenso alarido de ultratumba.

Hace algunas semanas se reunieron los cubanos emigrados para festejar una de aquellas grandes memorias, el alzamiento de 1868, que ha sido el suceso culminante de nuestros anales; porque por él se iniciaba un nuevo destino, alboreaba un nuevo mundo moral, como el momento en que nuestro espíritu se desprende del pasado, rompiendo la férrea envoltura que lo aprisionaba, para volar en las alas potentes de la fé hácia cimas lejanas y altísimas envueltas todavía en la niebla

del porvenir;—y apenas ha corrido un mes desde que celebraron otro acontecimiento de trascendencia y significación profunda, la institución del gobierno revolucionario, que revela, á par del deseo de aprovechar las lecciones de la esperiencia, la índole y tendencias de nuestro patriotismo, un aspecto de ese mismo espíritu colectivo que niega cuanto representa la dominación española al mismo tiempo de afirmar cuanto representa el sentido político y la gloria del continente americano. Y ahora, nos congrega una fecha luctuosa,—como si jamás pudiéramos reunirnos los cubanos para celebrar y agradecer algún beneficio de España: y si, al contrario, debiésemos rememorar, para llorarlas juntos, las penas que por ella hemos sufrido, los atentados que realizaran contra nosotros su desamor y su fiereza,—ó no nos separaríamos sino breve intervalo de tiempo para volver á lamentar sus iniquidades,—ó nunca cesaríamos de contar en el hogar entristecido terribles efemérides de sangre y de martirio;—pues no hay lugar en el suelo sagrado de Cuba que no haya sido teatro de algún crimen perpetrado en nombre de España;—no hay allí vericueto, ni llano, ni monte en que las ráfagas del viento y el rumor de las hojas no resuenen en una sinfonía de ayes de mujeres, maldiciones de patriotas y blasfemias de asesinos;—y todavía se escurren por los bosques, y cruzan sigilosas la sabána cuadrillas de foragidos que husmean el escondido albergue de familia ó el refugio del guerrero inválido, para caer de improviso como tigres sobre los vivos, y cebarse como hienas en los muertos,—que no ha debido ser nunca un magestuoso león el símbolo de la dominación española, sino el chacal rastrero de la noche que se alimenta gozoso de cadáveres!

El tiempo, que seca las lágrimas, que cicatriza las heridas, que calma los humanos pesares, que embota el encono y predispone los ánimos al perdón sereno y el olvido misericordioso, no ha podido—al cabo de un cuarto de siglo—encontrarnos impasibles ánte aquel suceso extraordinario, ni ha logrado atenuar su punzante y amargo recuerdo, esfumando en inciertos é indecisos contornos aquellos cuadros sombríos que se agitan todavía en su dantesca y pavorosa grandeza.

Y de nuevo, resurgiendo en nuestra memoria, paréceme más bien que, ántes que asistir ahora á su distante conmemoración, acabamos de recibir la noticia del lastimoso atentado . . . Ningona solemnidad, por consiguiente, más oportuna que esta con que evocamos los horro-

res de ayer, esos horrores que durante veinticuatro años pudieron parecer ecos que se amortiguaban; pero que son actualmente las blasfemias mismas de los victimarios mezcladas con los gemidos de las víctimas . . . Pues qué! ¿no lo oís? . . . De Cuba llegan, entre el estruendo de la lucha renovada, ráfagas de muerte y notas doloridas ó furiosas . . . que á pesar de las protestas de humanidad de que el gobierno español alardea para esquivar la reprobación del mundo indignado,—el herido vuelve á ser sacrificado friamente fuera del combate; los seres desvalidos, la muger, el anciano, el niño, vuelven á ser amenazados y perseguidos; ni hay neutralidad para los que quisieran ser neutrales: los trabajadores pacíficos del campo son fusilados en montón por jefes que en ellos vengan sus derrotas; el prisionero vuelve á ser públicamente ejecutado; el rebelde generoso y valiente de nuevo merece sólo el desprecio de palaciegos y villanos; los patriotas más conspícuos son de antemano condenados en bandos soldadescos y brutales ó arrastran la cadena del presidio; la plebe española llama, como ántes, bandidos á los héroes; el primer ministro de la periclitante monarquía, con despecho ó por torpeza, se atreve á proclamar que los insurrectos cubanos no merecen respeto ni enarbolan ninguna bandera conocida . . . pero ¡ah! él sabe, sin embargo, que nuestra bandera podría señalarse y reconocerse desde muy lejos porque es la que en América chorrea más sangre derramada por manos españolas; él sabe que esa bandera resplandece como la gloria de Cuba y la honra de la civilización, á tiempo de ser una ignominia para España;—que ella simboliza cincuenta años de torpezas y atrocidades españolas combatidas por el honor y el heroismo de los cubanos; cincuenta años en que estos se han empeñado en ser libres, en disponer de su destino, en acondicionar su patria para que sea emporio feliz y hogar bendito de la raza humana,—contra el tenaz y bárbaro propósito—simbolizado por la bandera española—de convertir en saqueado latifundio la isla privilegiada, y en míseros vasallos de hipócrita y depravada oligarquía á sus altivos é inteligentes naturales;—pero así, aparentando despreciarnos, declarándonos ingratos ó traidores, mintiendo sin pudor para extraviar la opinión universal, ya que no para acallar su propia conciencia, —pueden sin miramiento decretar que somos justiciables ante los más ínfimos mandatarios de la nación, perseguirnos sin trégua, negarnos hasta nuestra naturaleza humana y ponernos, en fin, fuera de la ley,

para ejercitar sin tasa y á mansalva su ferocidad é implacable saña! . . . por eso, apenas ha comenzado en Cuba la guerra y ya volvemos á oir desde aquí el gruñido de las hienas; mientras el león . . . sigue dormitando tranquilo junto á la peña artillada del Estrecho!

La paz, que debiera ser un estado permanente de dicha y apaciguamiento; la paz, que es el término de una evolución hácia la concordia y el amor,—no echa raíces, no logra asentarse entre esas gentes que, acampadas en medio de los humanos, viven preparando la guerra, como si no hubieran tomado á la civilización sino sus exterioridades superficiales, para encubrir y disimular los primitivos impulsos que inflamaron su prosapia de berebéres y kábilas indómitos, engendrados en la árida desolación de los desiertos;—y si nó, recordad á qué extremo increible llegó su rencor de muerte el año de 1871—¿no habéis oido decirlo aquellos de vosotros que no os encontrábais entónces en el campo de la lucha?—Pues aquí hay quienes autorizadamente pudieran afirmaros que os estoy refiriendo la verdad: . . . aquí, cerca de mí, está el hombre puro, el patriota sencillo y firme que el afecto de sus correligionarios ha honrado con su representación oficial en el Extrangero, y él podría contaros una triste historia de familia; porque, en aquella época sombría, anduvo una vez, agonizando de torcedora inquietud, desesperado, tras una columna de hidalgos soldados españoles que se llevaban arrastrando á la madre venerada, anciana ya, débil é inofensiva, para abandonarla sin compasión, descalza, en medio del bosque solitario y para ella desconocido, por lo que vagó casi una quincena sin rumbo, hasta que su hijo pudo encontrarla, desfallecida, sólo para verla morir extenuada de hambre, herida en lo más íntimo de su naturaleza delicada por tan innecesaria como odiosa violencia. Aquí también vuelvo á ver tras largos años de separación que no han entibiado mi cariño nacido entre las privaciones y peligros del campamento, al caudillo insigne que puede, á su turno, declarar cómo la bajeza de sus enemigos, que pretende ahora en vano morder con diente de reptil el bronce de su popularidad, no supo comprender entónces su resolución sublime,—y vosotros todos no habréis olvidado que estuvo preso cuatro años en lejanas fortalezas, porque los sedicientes hidalgos españoles no quisieron rendir, ni lo quieren todavía, el debido tributo de respeto y admiración generosa á quien lleva en la altanera frente, como estrell

de gloria, esculpido el testimonio de la grandeza de su carácter y del heroísmo de su corazón!

Y al contemplarlo entre nosotros, necesito conjurar las sombras imponentes que surgen anté mi vista, y ese largo convoy de muertos vilipendiados que acuden á confirmar mi palabra,—desde Agramonte,—que vive en mi fantasía luminoso y triunfador como el apóstol guerrero de la leyenda,—que vive en la historia sereno é impecable, superior, en su grandeza, al destino, y más fuerte que el olvido,—hasta ese amado y dulce tribuno que con su peregrino discurso ha hecho bambolear instituciones seculares, á la manera que el mundo antiguo se deshizo ante la predicación de un humilde galileo—y cuyos mortales despojos—como los de muchos otros cubanos esclarecidos—vagaron profanados entre selvas y serranías, para ser exhibidos, á modo de escarmiento, sin reverencia á la sagrada magestad de la muerte y á la augusta magéstad del heroísmo! Y la sombra ofendida de Céspedes se adelanta para recordarme indignado que los españoles llegaron en su odio á Cuba y á la Revolución á la infamia increíble de vender como esclavos á nuestros soldados prisioneros y aún á nuestras pobres hermanas apresadas como trofeo!

Ah! no hay pecho tan duro que no se conmueva ante esa lucha, y en especial ante las atrocidades de aquella época fatídica que comenzó á mediados de 1870:—las Villas habían sido evacuadas por nuestras tropas sin municiones; las familias, los enfermos, los rezagados eran perseguidos y ojeados por las guerrillas españolas, como piaras de alimañas silvestres;—el distrito de Camagüey, casi yermo, se despoblaba de prisa; la deserción eran tan general como contínua; la fe parecía haberse extinguido, apenas si un rayo ténue de esperanza alumbraba el áspero sendero del patriota fuerte; las legiones orientales, que parecían forjadas con el hierro de sus montañas, á duras penas resistían á las falanges siempre acrecentadas del feroz Valmaseda . . . Una hora aciaga acababa de sonar para la Revolución reducida á los últimos extremos de la impotencia y la miseria. El español, casi victorioso ya, soñaba con la sumisión forzada y el castigo aterrador de los restos de la acosada rebeldía. Con nuevos bríos se aprestaba á la venganza la reacción ensoberbecida . . . El mundo, que nos había dejado exterminar sin inquietud, tuvo que fijar atónito la vista en ese martirio de dos generaciones,—porque la barbarie, la iniquidad de los españoles

habían llegado al paroxismo . . . y cuando parecía que la guerra iba á terminar muy pronto: cuando resonaban aún, en las naves de las iglesias, los últimos graves acordes del órgano que acompañara las preces y alabanzas que habían entonado entre nubes de incienso los sacerdotes en acción de gracias por la divina asistencia á las armas españolas,—la sociedad cubana pudo convencerse horrorizada de su funesto error de haber abandonado ó combatido la obra purificadora de la Revolución . . .

En el lindero entre las Villas y el Camaguey comenzaba el año 1871 con un crimen horrible,—una familia numerosa é ilustre era despedazada con rabia y reducida á cenizas en el incendio de su mísera vivienda; no se conformaron los soldados con robarla,—era un semillero de cubanos, y quisieron extinguirla!—y al terminar el año, otro crimen más inaudito, si cabe,—sellaba, ante el mundo sobrecogido de espanto, el furor y la ferocidad incomparables de los españoles; . . . un crimen—si lo infernal consiente grados—más inicuo, más atroz todavía!—porque siquiera aquellas matronas tajadas y carbonizadas, aquellos niños destrozados, el pequeñuelo de meses azotado con varas mientras lo atenaceaban anchas lenguas de fuego, estaban ó habían nacido en el campo, respiraban allí la atmósfera cubana saturada de pólvora, vivían inconscientemente hostiles á la nación española, ó iban creciendo en el odio de lo que esposos, padres, amigos, detestaban . . pero las nuevas víctimas eran absolutamente españolas, eran hijos de españoles casi todos, amantes apasionados de esos padres que vinieron de la Península;—no habían mostrado nunca sentir pesar por su origen y su sangre; no habían probado tampoco sentir, en cambio, simpatía hácia la insurrección, no lo demostraron ni aún muchos años más adelante los que sobrevivieron;—no hubo causa para sospechar en ellos desafección, ni inconformidad, respecto de España:—posteriormente se ha evidenciado que eran hijos cariñosos, naturalezas sensibles, penetradas del íntimo afecto y adoración más pura hácia los suyos;—posteriormente se ha patentizado, además, que eran inocentes . . . nó, digo mal—desde el primer instante, siempre, apareció palmaria y positiva su inculpabilidad;—jamás, en ningún momento, pudieron ponerla en duda sus jueces, sus protectores naturales, los que debieron ser su defensa y amparo, y, sin embargo,—fueron feroz, ruin, impíamente sacrificados!—residían, sobre todo, en una ciudad mercantil, en

una ciudad grande y tranquila, á la sombra del estandarte real, que allí debió representar la justicia y el derecho, pero que, agitado por rachas del desierto, en un instante fué la tromba de tinieblas que todo lo envolvió y precipitó—humanidad, razón, el honor nacional—en un estercolero de ignominia!

Habíase susurrado que los estudiantes del primer curso de Medicina, el dia 23 de noviembre, durante una hora de huelga, ocasionada por la ausencia del catedrático, cometieron desmanes en el Cementerio Espada, contiguo al anfiteatro anatómico. El guardián, un español de ínfima clase, produjo la falsa delación. Sintióse lastimado porque uno de los jóvenes había entrado en un pequeño jardín que cultivaba, y desprendido una rosa de su tallo. Nada más natural que el mozo aristocrático fuese atraído hacia la flor risueña y perfumada. Ese fué su solo crimen; mas al deleitarse con su aroma delicado, sin sospecharlo había aspirado la muerte! Otros cuatro compañeros, entre tanto, hacían rodar en la plaza adjunta, el carro en que se traían los cadáveres destinados á la clase de disección. La llegada del profesor retrasado puso fin al entretenimiento, y comenzada la lección aquellos incidentes, por su propia insignificancia, quedaron olvidados; pero dos días más tarde, el primer rumor calumnioso se había desfigurado gravemente. El veinticinco en la mañana, el Gobernador Político acudió al anfiteatro de San Dionisio, y después de inspeccionar el cementerio, donde todo permanecia como siempre, y de informarse con el Capellán-Administrador, quien con firme acento produjo la relación sencilla y verídica de lo ocurrido aquella tarde de improvisado recreo,—debiendo, en consecuencia del testimonio del honrado sacerdote, quedar absolutamente convencido de la falsedad miserable,—intentó, sin embargo, amedrentar y prender á los alumnos del segundo curso, los cuales por fortuna fueron protegidos con eficacia merced á la entereza de su venerable maestro. Todavía, por la tarde, volvió el Gobernador, acompañado de varios españoles, y escoltado por algunos agentes de policía y una compañía de voluntarios,—y sentándose en la cátedra, que le cediera otro profesor atemorizado y sumiso, increpó esta vez á los estudiantes del primer curso, sorprendidos é indignados de tamaña impudencia y villanía. En la siniestra entrevista se les acriminó, se les amenazó, se les atestiguaron hechos criminosos,

entre contradicciones y falsedades de acusadores mentirosos y malvados. El delito supuesto aparecía de este modo más definido y más intencionado ahora. Había consistido, dijeron, en una provocadora profanación. Los pobres jóvenes—sin haberlo ni aún soñado jamás—habían, no obstante, roto el cristal de la bóveda en que descansaba hacía meses de su vida inquieta Don Gonzalo Castañón,—habían pisoteado las coronas de siemprevivas, y por último, habían abierto el ataúd y arrojado fuera los huesos del campeón de la intransigencia española. Un poco más, y se les acusará también de haber procedido de idéntica manera con los restos de Don Ricardo de Guzmán y del general Manzano, españoles inviolables para las turbas, aunque ántes ni se acordaban ellas de sus nombres!

Pero dieciseis años adelante, el ataúd de hierro, los huesos sagrados, el cristal, las coronas de siemprevivas, aparecieron absolutamente intactos! Intactos estaban, como era natural, aún en aquel primer momento de cinismo feroz, é intactos habían aparecido á la vista del propio Gobernador embustero, y de los demás paisanos suyos que le acompañaron en la inspección y le ayudaron en la impostura,—y apesar de la realidad patente la acusación odiosa fué lanzada sin escrúpulo y mantenida sin remordimiento. Allí, en la misma aula extremecida por un hálito de tempestad y de muerte, incoaron de prisa aquellos facinerosos una sumaria tan vana como desvergonzada. Sólo uno de los estudiantes allí presentes fué excluido y exonerado de los cargos amenazadores; pero era español como la autoridad y sus esbirros, y "no podía haber tomado parte en la falta," según se atrevió él mismo á manifestar cuando solicitaba su libertad, y notad que, así, ese falso compañero, quien escudado en su doble garantía de peninsular y miliciano debió sostener la inocencia de sus condiscípulos atropellados, ni siquiera se ciñó á excusarse, sino que de solayo insinuó la realidad del crimen que la infamia acababa de inventar.

Ese crimen, como véis, fué intencional, calculada, maliciosamente forjado. Su origen bastardo y humilde se encuentra en la venganza sañuda inspirada por la ruin avaricia del guardian peninsular. Su calificación arbitraria obedeció á impulsos de voráz codicia enseñoreada del alma vil de una autoridad concusionaria; porque se sostiene como positivo que, sin medir el alcance de su concupiscen-

cia, el desalmado Gobernador no pretendió sino explotar á los padres acaudalados de algunos de los estudiantes, y para que fuese más fundada la conjetura atroz, él propio reveló despues su pasión avasalladora por el dinero vendiendo sin pudor ni patriotismo el secreto del tratado comercial denominado Foster-Albacete!

Y conocidas las circunstancias esenciales del hecho imputado falsamente á aquellos infelices jóvenes, no cabe encontrar una muestra más evidente y más horrible del ódio natural y expontáneo de los españoles al cubano. Publicada, vaga pero pérfidamente, la acusación monstruosa, no hubo español, con excepción de los padres atribulados, que tuviera ni interés ni empeño en cerciorarse de la verdad, y los que la habían visto con sus propios ojos, desde el principio, tuvieron miras personales para negarla y ennegrecerla, mientras los que la palparon muy poco después, no se atrevieron — á fin de evitar la atrocidad y universal deshonra — á proclamarla y sostenerla ante la plebe tumultuaria y enfurecida... La hora ansiada del castigo supremo, de la venganza tremenda del español, sonaba lúgubre, funerariamente, en los hogares cubanos..... Era necesario para que se efectuara aquel escándalo sin nombre, un conjunto excepcional de condiciones, — era necesario un grupo de hombres perversos y cobardes, que dispusiesen de la fuerza, en el anárquico bullir de los instintos primitivos, en la artificial sobrexcitación de una hipocresía de abolengo sanguinario, — y además necesitábase la fuerza sin freno, que estaba ahí, á mano, pronta para la embestida, porque á su vez reunía los requisitos indispensables: — sentimientos enardecidos y feroces, inteligencia obtusa y ódio inmotivado é infernal al país hospitalario y oprimido. Así es que, al percibir tan solo el rumor de lo que llamaron ultraje á la honra nacional, surgieron de todas las esquinas los Kábilas antiguos . . . y al olfatear la sangre cubana empezaron á arremolinarse alborozados los chacales. . . . . Desde entonces, aproximados los factores principales, era procedente el crímen inmediato. Los estudiantes, presos en el áula misma, atravesaron la ciudad entre dos filas de bayonetas, insultados en su marcha, y eso que no se sabía aún si eran realmente culpables, y que la inmensa mayoria ignoraba la especie y carácter particular del supuesto delito; . . . ¡pero sobran siempre en nuestro país desventurado sombras espesas en que manos crispadas de españoles tantean febriles buscando cuellos de infelices que retorcer, y corazones de madres que estrujar! . . .

¿Qué importaba, pues, averiguar las circunstancias de la imputación? Los presos habían delinquido contra España,—así se había dicho,—álguien, cualquiera, lo había dicho, y era cierto, porque se había dicho. . . . era cierto, sobre todo, porque se había dicho de cubanos, de escolares cubanos, de los que iban formándose á los pechos de la tradición cubana, de los que se alimentaban de las doctrinas de maestros cubanos . . . porque para los españoles, aun sin darse cuenta clara de que tienen razón al recelarlo, en la isla por ellos tiranizada, la virtud tiene que ser filibustera, la inteligencia tiene que ser separatista;—¡porque la ciencia, la razón, la dignidad humana rechazan positivamente la dominación española!

Como enemigos de España fueron encerrados en la *jaula* y las bartolinas de la Cárcel todos los matriculados de aquel curso, menos uno,—los cuarenta y cinco estudiantes que supusieron nacidos en Cuba, esa noche triste en que ninguna madre cubana sospechaba todavía cuán inútil es invocar á Dios para prevenir los crímenes perpetrados contra sus hijos! Dios no quiso mostrarse, y en vano las pobres mujeres, recluidas en un rincón del hogar desolado, apretaban llorosas y extremecidas de pavor contra su pecho jadeante el Cristo amarillo de marfil clavado en su negra cruz de madera! . . . Aquellos quejidos desgarradores, aquella ansiedad profunda, ese llamamiento desesperado á la divina misericordia, ni siquiera llegaban más cerca, á la Plaza de Armas, al Palacio, á la Cárcel—¡cómo habían de llegar á la silenciosa y solitaria excelsitud del cielo! Y mientras ese cielo de purísimo azul amanecía sereno é inalterable, anunciando un día radioso que convidaba á la vida y á la dicha cuando tantas amenazas de la cólera sembraban el terror, y tantas angustias mortales sobrecogían los ánimos de aflicción y de zozobra,—la ciudad se convertía en un cáos, las pasiones rugían á punto de estallar en erupción volcánica, y los corazones comprimidos presentían una de esas horas finales en que la justicia, el honor, la caridad, la beneficencia, que son los faros de la vida civilizada, se apagan en la conciencia humana y tienden sobre las almas el sudario inmenso de un eclipse pavoroso, como si sobre la tierra sorprendida y aterrada se extinguieran de improviso el sol y todas las estrellas del firmamento!

Y ya no hubo esperanza ninguna. Dueños de la ciudad, los voluntarios armados, á quienes azuzáran los codiciosos y los infames, no

se dieron la pena de aguardar los trámites normales de un juicio imparcial y sereno. Quisieron ver y vieron pisoteados sus muertos queridos, vieron esparcidos sus huesos por el lodo, oyeron también gritos de desprecio y maldición que nunca fueron proferidos, y una ola de sangre venida de muy atrás, caldeada en los distantes arenales, haciendo batir su corazón con redobles de muerte, borró en sus almas tenebrosas los atributos de la humanidad, y en el delirio y la embriaguez reaparecieron en tropel los grandes carniceros de la selva. Eran los depositarios de la ley, los guardianes del órden, el fundamento mismo de la sociedad; . . . pero prefirieron no ser hombres, y en un instante —á la invocación de la patria y de la honra, desaparecidas en ese supremo escarnio — códigos, tribunales, autoridad, como la conciencia, como la piedad, fueron escupidos, arrastrados, hollados en espantosa bacanal: —y un solo grito aterrador, como rugido formidable de la turba espumante, anunció á la población anonadada la proximidad de un cataclismo . . . *¡Mueran los traidores!* clamaban recorriendo las calles, entre trompetas y tambores, y *¡mueran!* resonaba á distancia, y *¡mueran!* — en hálito de invierno penetraba en los hogares silenciosos; en tanto que las madres dolorosas se empeñaban en vano por resucitar con sus ardientes plegarias al Cristo crucificado para que impidiese la matanza! En vano, si, porque ni la cólera celeste, ni la humana indignación secaron la mano sacrílega del crímen! Rebajadas las autoridades militares hasta suplicar como lacayos, fueron encerradas en la cárcel. El defensor osado y magnánimo tuvo que esconder la vergüenza de su piadosa justificación; mientras el Gobernador, aterrado de su obra, rodaba envilecido entre la plebe que, atribuyendo á nuevo latrocinio su tardío remordimiento, *¡ladrón!* le decía en estridentes ladridos . . . Y dentro de la prisión ceñida por la masa revuelta y atronadora, como escollo asaltado por gigante oleaje, un consejo de oficiales del ejército, aunque aceptando indebidamente como un hecho efectivo la calumniosa profanación, imponía, sin embargo, las penas que la ley señalaba; mas cuando apareció en la puerta de la cárcel ante la apiñada y turbulenta soldadesca, y leyó la incruenta sentencia, un vocerío terrible, un ahullido colosal protestó contra la audaz é inaceptable clemencia . . . Montones de foragidos en manadas frenéticas corrieron al asalto del Palacio, amenazando, vociferando, maldiciendo. . . . La suprema representación de España se prostituyó al populacho vil, y

aceptó sus condiciones feroces. Realizóse entonces una farsa repugnante, y otro tribunal mixto en que predominaban los amotinados, un tribunal de fórmula designado expresamente para satisfacer el furor de la hambrienta jauría, se reunió en las sombras de aquella noche, menos tenebrosa que el alma de tantos malvados . . . .

Al día siguiente, sin una mínima prueba, sin el indicio más leve, sin el menor motivo, sin defensa siquiera, volvieron á ser sentenciados; aunque uno solo, esta vez, debía servir de pasto á la piara impaciente y voraz. El Consejo en cuerpo asomó ánte la turba, un toque de aguda corneta impuso silencio, y apenas se oyeron sus todavía benignas resoluciones—¡Muera el Consejo! ahulló en su rábia aquella chusma. En momento tan crítico deliberaron allí mismo, y retirados de nuevo los improvisados jueces, revisaron su acuerdo, y apremiados, festinados, olvidados de sí mismos, olvidados de la alteza y santidad de su ministerio, olvidados hasta de su condición humana, decidieron por elección que murieran cinco, y fiaron á la suerte el destino de tres más!

Volvieron entónces á la plaza: ocho veces rasgó el aire el acento estridente de un clarín, y el grito de ¡Viva España! lanzado por catervas regocijadas, consagró el más vergonzoso, el más abominable de los atentados . . . Saboreando de antemano el próximo festín, las hordas de caníbales fueron dispersándose para anunciarlo á las demás y prepararse, mientras las víctimas entraban en capilla. Aún no había pasado una hora, cuando helando en los lábios de los confesores la oración, el redoble sostenido del tambor advirtió á los adolescentes erguidos y á los niños convulsos de trágica sorpresa, que la muerte aguardaba á pocos pasos, y entre dos hileras de engreídos voluntarios marcharon á afrontarla, serenos y radiosos, llevando entre las manos esposadas grandes crucifijos en que Dios mismo, como si no quisiese contemplar la infamia de los hombres, cerraba los párpados é inclinaba la cabeza, desvanecido en infinito horror!

Muy cerca del lúgubre desfile, los demás compañeros, ménos infelices porque fueron condenados á presidio, les dieron el último adiós con los ojos arrasados de lágrimas, y allí permanecieron suspensos en indecible agonía, tan grande como la de los que iban á morir . . . hasta que oyeron estremecidos las descargas de afuera . . . El sacrificio se había consumado. Sus hermanos, sus míseros condiscípulos,

acababan de caer, y una vez más en esos corazones desgarrados resonó como una maldición, y se extendió en graznido fatídico por la ciudad desolada, el grito extentóreo de ¡Viva España! en que prorrumpieron á una, ánte la sangrienta hecatombe cubana, miles de peninsulares satisfechos!

Hable quien se atreva del prolongado martirio de los que sobrevivieron, que yo no puedo más! . . . Esos jóvenes infortunados no fueron culpables y, no obstante, unos fueron ejecutados, y otros, arrastrando la cadena del presidio, fueron forzados á trabajar en las canteras. Y ¿sabéis por qué, Señores? Porque, en concepto de sus enemigos, eran la pátria, nuestra patria cubana!—porque, aún siendo inofensivos é inocentes, eran un producto legítimo de la tierra y del pasado, y por ley natural debían odiar la dominación española. Parecían vivir tranquilos, estudiaban felices, eran indiferentes á la Revolución que se extinguía; pero la Patria, que es una realidad que está en nosotros y por cima de nosotros, no consistió que, en cambio, fuesen ellos indiferentes para los españoles.

La profunda solidaridad cubana se impuso entonces al obscuro raciocinio de la barbarie: si son hijos de este suelo, en que hasta la naturaleza se muestra hostil al forastero rapaz:—si han respirado en esta atmósfera, que infiltra en las arterias del emigrante peninsular su veneno sutil; si se han formado en el hogar en que se lloran las tristes memorias de una dependencia maldecida, tienen que amar á esos insurrectos que todavía combaten en los campos, tienen—sobre todo—que odiar cuanto para ellos significa explotación y vilipendio;—y si se ha dicho que profanaron los restos de Manzano, de Guzmán, y Castañón, debe haber sido así realmente; porque para nosotros, españoles, parécenos natural que los cubanos quieran cebar su encono en los despojos de un mandarín despótico, ó de un defensor convencido de nuestra tiranía; pero, sobre todo, en los de un periodista que insultó un día á sus hermanas y, por odio á sus hermanos, atizó la hoguera en que ansiaba reducir á pavesas el espíritu revolucionario; ya que, en nuestro fervor patriótico de honrados y verdaderos españoles, arrancaríamos de su tumba para pisotearlos en el cieno, los huesos de ese grande y evangélico maestro habanero del que refieren sus discípulos que, en medio de una sociedad pecadora, asentada, por perversión de la conciencia universal, sobre la esclavitud del hombre,—proclamaba su an-

helo sublime de que, antes que nublarse en el corazón de sus compatriotas el sol de la justicia, deberían despeñarse, no ya sólo las humanas instituciones, reyes y emperadores,—sinó los astros esplendorosos!

Y la probabilidad terrible que atenaceaba los cerebros nebulosos, tomó forma definida al fulgor de las pasiones desbordadas, y apareció con la evidencia de un hecho real la quimera de sangre que arrastró por la pendiente de cieno á aquella sociedad desquiciada, en la anarquía bestial de la protervia, hasta el abismo de podredumbre que cubría y amparaba la bandera de España.

Unicamente así se comprende la facilidad aterradora con que aceptaron, unos, regocijados la calumnia, acataron otros la demencia, y prepararon y consintieron todos la hecatombe; que todos eran españoles, en frente de las víctimas, que eran cubanos;—todos pudieron tener la satisfacción satánica de sacrificarlos,—y ninguno mostró la satisfacción humana de ampararlos.

¡No fueron culpables—es verdad!—los pobres niños; más por morir los unos, por sufrir los otros el martirio, ultrajados todos por nuestros enemigos—vivirán siempre consagrados é inmortales en la ternura de nuestros pechos y en la piedad universal; y para nosotros además, asumen la más alta representación moral: la representacion de la pátria misma, en ellos violada; la representación de la justicia, en ellos escarnecida,—apareciendo para nuestro cariño ceñidos de luz en la irradiación de un doble simbolo: pues que el odio de nuestros dominadores los sacrificó sin motivo, su memoria refleja cuanto nuestro patriotismo significa martirio y cuanto significa brutalidad y crimen el patriotismo español.

Muchos años despues, la colonia desconcertada levantó en medio del nuevo cementerio de la Habana un gran monumento en que se alzan la Historia y la Justicia en la impasibilidad de la piedra, y la voz de la tumba, también petrificada, abre las puertas del pasado para anunciar perpétuamente que fueron inocentes los estudiantes fusilados en 1871. Ese simbolismo de granito surgió ante mi conciencia lastimada como una satisfacción á los verdugos. El arte afirmaba, únicamente ante los voluntarios y ante el mundo, que los restos de Castañón no habían sido nunca profanados. Semejante desagravio era innecesario; resultando, en consecuencia, un desagravio incompleto y ver-

gonzante; y recuerdo ahora con emoción indecible que mi palabra modesta tuvo ocasión oportuna de advertir á unos y á otros, en acatamiento necesario y honrado á la Verdad y á la Justicia, que los verdugos confundidos debían reconocer, «con la misma amargura de Lady Macbeth, que la sangre del crimen, que mancha la mano del asesino, no se lava ni con todas las aguas del Occéano!»

Entonces, sometidos nosotros contra nuestra voluntad á un régimen que nos afligía y humillaba, yo no hubiera podido contribuir á una obra torpe de falsa y vergonzosa concordia; — no hubiera consentido proponer un pacto miserable y sin ventajas para nosotros, un pacto que serviría única, exclusivamente, para el provecho de los explotadores; — y ningún recuerdo podía tener más eficacia para avivar y esclarecer la dignidad cubana que el de aquel afrentoso sacrificio; — pero ahora, deslindados los campos, rotas las hostilidades, á salvo nuestro honor, yo me volvería á los españoles, si mis votos pudiesen llegar á sus oidos, para proponerles la concordia definitiva, para decirles: renunciad á vuestros errores, no más injusticia, basta de crímenes. Si es preciso, en nombre de la civilización, en nombre de la humanidad,—para vuestro bien y el nuestro, para la prosperidad común, para la grandeza de Cuba, para honra de España, para la ventura del porvenir,—como consagración sublime del derecho,—venid junto á nosotros los que moráis en nuestra tierra,—ahuyentad vuestras preocupaciones, deponed vuestro encono, los que vivís en la Península:—Españoles! estoy viendo desde aquí el mausoleo de los Estudiantes, y me atrevo, invocando los huesos que yacen bajo su mole de piedra, á conjuraros para que alcemos sobre los escudos una nueva patria americana, haciendo brotar de los escombros de la triste y odiada colonia, la grandiosa república de Cuba!

Pero si nadie quiere responder,—ó si á la voz del patriotismo y la justicia sólo responden los ahullidos del pasado,—Compatriotas! cúmplase el inexorable mandato del destino . . . encended en la diestra de cada guerrero cubano una tea que todo lo inflame,—suba el incendio hasta el cielo mudo,—arda la patria: trueque nuestra indignación su falsa é inícua opulencia en un cenicero colosal, y entre ruinas humeantes húndase de una vez la funesta dominación española!